

La Vida Virtuosa

**Una introducción a una
de virtud de los hombres**

POR

James H. Toner, Ph.D.

Editor General

Padre Juan-Diego Brunetta, O.P.

Director del Servicio de Información Católica

Consejo Supremo de los Caballeros de Colón

Nihil obstat:

El Reverendo J. Alex Sherlock
Censor librorum

Imprimatur

† Oscar H. Limpscomb
Arzobispo de Mobile, Alabama
28 de enero de 2002

Copyright © 2002 por el Consejo Supremo de los Caballeros de Colón Derechos reservados.

Las citas del *Catecismo de la Iglesia Católica* son tomadas del *Catecismo de la Iglesia Católica* para los Estados Unidos de América, copyright © 1994 por la Conferencia Católica de los Estados Unidos, Inc., Librería Editrice Vaticana. Derechos reservados.

Las citas del Concilio Vaticano II son tomadas de: *Concilio Vaticano II: Documentos Conciliares y Postconciliares* copyright © 1998 por Publicaciones Dominicicas, 42 Parnell Square, Dublín 1, Irlanda. Derechos reservados.

Las selecciones de la Escritura son tomadas de la Nueva Biblia Americana, copyright © 1986 por la Cofradía de la Doctrina Cristiana, Washington, D.C. 20017. Derechos reservados.

Ninguna porción de este lolleto podrá ser reproducida o transmitida en alguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o por banco de información y sistema de restauración, sin permiso escrito de la casa publicadora. Escriba a:

Consejo Supremo de los Caballeros de Colón
1 Columbus Plaza
New Haven CT 06510

Impreso en los Estados Unidos de América

Acerca de la serie de folletos de “San José”

Los folletos de la Serie San José son parte de una nueva iniciativa de Caballeros de Colón para alcanzar a aquéllos hombres que se llaman “Padres para Siempre”. Los temas de esta serie incluyen oraciones, virtudes masculinas, modelos santos y consejos prácticos y guía para los padres de hoy en día. El objeto es preparar e inspirar a los hombres al enfrentarse con los desafíos del diario vivir, tanto en el trabajo como en sus casas y acercarlos más a su fe y a sus familias. Para más información, visite www.fathersforgood.org

Sobre el autor

Dr. Toner ha entrenado equipos de pelota en universidades, colegios y escuelas al igual que en la liga de la juventud. Su mayor interés yace en las áreas de enseñanza e investigación relacionadas con la filosofía moral y política, ética militar y educación del carácter. Ha publicado extensamente en la prensa Católica y ha aparecido en EWTN. Él y su esposa Rebecca son los padres de tres hijos mayores y abuelos de seis nietos. Es diácono ordenado y está al servicio de la comunicación militar Católica en Maxwell Air Force Base/Gunter Annex en Montgomery, Alabama.

Este folleto es una introducción a la buena vida – la verdadera buena vida – para los católicos romanos. Jesucristo es el Camino (Juan 14, 6), y seguirlo significa adoptar una forma santa de vida y convertirse en la clase de hombres y mujeres buenos, sabios, fuertes y puros que Dios quiere que seamos.

El Dios Todopoderoso, que nos hizo la clase de criaturas que piensa, pretende que usemos nuestra inteligencia para comprender la buena vida y de qué formas Él quiere que crezcamos en bondad. La finalidad de este folleto es ayudar al lector católico a pensar con claridad sobre la moral y la vida de virtud. Éste es el camino de Cristo, y lleva a un Reino.

¿Una forma o diversas formas?

Una vez en una pequeña aldea en un país distante, el pueblo tenía una noble costumbre. Todos los años, en la fecha señalada, la gente se reunía en la plaza del pueblo y llevaban a cabo una lotería. Pero esta lotería no era un juego de azar por dinero; era, más bien, un juego de azar para la vida – como veremos. El ganador de la primera lotería siempre era una familia, cuyos miembros participaban entonces en una segunda lotería para escoger el agraciado ganador. Cuando se anunciaba el ganador, todo el mundo en el pueblo le caía encima al “ganador” a pedradas hasta matarlo, sin importar su edad, sexo o incapacidad. Saben, esto tenía que hacerse. De lo contrario las cosechas de ese año serían malas. Estaba bien matar la persona a pedradas; lo decía la cultura.¹

Afirmar que toda sociedad tiene el derecho de determinar sus propias normas del bien y el mal, honor y deshonor, virtud y vicio, es lo que se conoce como relativismo cultural. Bajo la insignia de relativismo cultural, toda decisión moral depende de tiempo y lugar; no hay valores o virtudes transcendentales o absolutas. Al grado en que cualquier norma que haya para medir lo correcto o incorrecto de los actos, esa norma se deriva sólo de las costumbres de la sociedad en cuestión. Por eso, en esa pequeña aldea donde todos los años se mata a pedradas a alguien, podemos decir que tal práctica es aceptable. Porque, ¿quiénes somos nosotros para juzgar?

Por supuesto, matar a una persona a pedradas para asegurar buenas cosechas no es muy buena meteorología. Pero ya que admitimos que algunas culturas son científicamente analfabetas, ¿podríamos decir que algunas podrían ser también “moralmente analfabetas?” O, sin tomar en consideración los hechos, ¿sería excesivamente “sentencioso” e “intolerante” de nuestra parte decirlo así?

El escritor inglés G.K. Chesterton (1874-1936) comentó en una ocasión que la tolerancia es la virtud de las personas que no creen en nada; y por consecuencia, no tienen normas por las cuales juzgar, lo que significa que pueden ser extremadamente “tolerantes”. Dentro de cualquier sociedad o cultura dada, la mayoría puede, en efecto, estar equivocada. Tal como señalara el Arzobispo Fulton J. Sheen (1895-1979), en la primera encuesta de opinión pública, la mayoría de la gente escogió a Barrabás sobre Jesucristo (Mateo 27, 20, Lucas 23, 18). Observó Sheen: “Lo correcto es y sigue siendo correcto aun si nadie está en lo correcto, y lo incorrecto sigue siendo incorrecto aun si todo el mundo está en lo incorrecto”.²

Normas de la moral: ¿Opinión de la mayoría o verdad objetiva?

Lo correcto o incorrecto de un acto no depende del número de personas que lo apoyan. Si, por ejemplo, en la clase de matemáticas de una escuela intermedia, la mayoría de los estudiantes pensaba que siete por ocho era cincuenta y cinco, su consenso equivocado no derogaría las leyes matemáticas. Las acciones que son populares o hasta leyes aprobadas por una legislatura no necesariamente son morales o éticas. Si “todo el mundo” en esa pequeña aldea participara en el apedreamiento, el asesinato cometido es aún malo, aún perverso y aún pecaminoso.

Nosotros los católicos tenemos una norma sobre la cual juzgar no sólo actos y leyes, sino sociedades enteras. La norma es Jesucristo, el mismo ayer, hoy y siempre (Hebreos 13, 8). Creemos que Jesús, el Verbo de Dios Encarnado se introdujo a

la historia humana y permanece como la norma perdurable por la cual juzgar el bien y el mal. La Biblia nos dice con claridad que no debemos juzgar actos, leyes y culturas sólo por normas humanas (Mateo 16, 23, Juan 12, 43); más bien debemos juzgar por las normas que Dios nos ha dado (Mateo 15, 8-9, Marcos 7, 6-8, Juan 7, 24, Hechos 5, 38-39). Según el Papa Juan Pablo II escribió en su encíclica *El Esplendor de la Verdad*, “la Revelación enseña que el poder de decidir sobre el bien y el mal no pertenece al hombre, sino sólo a Dios”.³

Vivimos en una era y en un tiempo en que muchos nos dicen que no hay tal cosa como asuntos de la verdad – sino, por el contrario, sólo asuntos de gusto (2 Timoteo 3, 2-7). A ti te gusta el chocolate, a él le gustan las fresas, a ella le gusta la vainilla. Siguiendo esa misma línea de razonamiento, él piensa que el aborto es moral y ella piensa que el aborto es maligno. ¿No es todo en realidad asunto de juicio personal, de valoración privada, de “gusto”? ¿Quién nos guiará hacia la “verdad”?

Nosotros los católicos contestamos esa pregunta diciendo que Jesús es el camino, la verdad y la vida (Juan 14, 6). Hay tres preguntas sublimes en la Biblia: la de Pilatos (Juan 18, 38), la de Pedro (Juan 6, 68) y la de Cristo. A través de los siglos, los seres humanos han buscado la verdad. La pregunta cínica de Pilatos: “¿Qué es la verdad? – planteada al que es la Verdad misma encarnada – se plantea hoy en sociedades alrededor del mundo, porque todos nosotros necesitamos encontrar un propósito, un significado, un destino. ¿Existe la Verdad (una Verdad con “V” mayúscula); o existen sólo “verdades” personales fragmentadas? Los cristianos conocen la respuesta a esa pregunta vital (Juan 10, 30, 1 Juan 5, 6).

Los creyentes también saben la respuesta a la pregunta de San Pedro: “Señor, ¿dónde quién vamos a ir?” ¿Adónde más debemos acudir en busca de significado y propósito en nuestras vidas, sino a Cristo? ¿Acudimos al amor por el dinero, al amor al poder, al amor por el placer del sexo, a la bebida, a las drogas o a la glotonería? Nosotros sabemos, más bien, que Jesús es el

Camino, la Verdad y la Vida (Juan 14, 6), y que su Iglesia es la custodia de las llaves (Mateo 16, 19), el hogar de los sacramentos (ver Juan 6, 22-59, 20, 23), y “la columna y fundamento de la verdad” (1 Timoteo 3, 15). Nos toca a nosotros contestar la pregunta inquietante que el Señor planteara a Pedro – y a nosotros: “¿Quién dices tú que soy yo?” (Mateo 16, 15, Marcos 8, 29, Lucas 9, 20). El saber la respuesta a eso nos ayuda a actuar a la luz de ella (1 Juan 3, 18) y por lo tanto a ser verdaderamente libres.

Siguiendo el camino de la Verdad

Nuestra respuesta a la pregunta del Señor dicta – o debiera dictar – nuestra respuesta a los desafíos morales. Si Cristo es mi Señor y mi Dios (Juan 20, 28), entonces debo aceptar su Palabra como mi vínculo. De la Sagrada Tradición puedo obtener mi fuerza moral y determinar qué es lo correcto para decir o hacer. La Sagrada Tradición consiste de “las enseñanzas y prácticas transmitidas, sea en forma oral o escrita, separada pero no independientemente de la Escritura. La Tradición se divide en dos áreas: (1) la Escritura, las doctrinas esenciales de la Iglesia, los principales escritos y enseñanzas de los Padres, la vida litúrgica de la Iglesia y la fe viva y vivida de toda la Iglesia a través de los siglos; (2) costumbres, instituciones, prácticas que expresan la fe cristiana”⁴

La respuesta a la distorsión moral del relativismo cultural fue poderosamente expresada por el Papa Juan Pablo II en su encíclica del 1993 *El Splendor de la Verdad*: “Si no existe una verdad trascendente, con cuya obediencia el hombre conquista su plena identidad, tampoco existe ningún principio seguro que garantice relaciones justas entre los hombres: los intereses de clase, grupo o nación, los contraponen inevitablemente unos a otros”.⁵

Esta Verdad trascendente puede sonar como algo complicado, que mejor es dejárselo a los obispos y estudiosos, pero la Verdad es realmente una luz que nos sirve de guía a todos nosotros. Este es un punto que el Dr. Martin Luther King, Jr.

defendió de forma conmovedora en 1963 en su “Carta desde la Cárcel de la Ciudad de Birmingham”. El Dr. King estaba en la cárcel por dirigir protestas no violentas en contra de la discriminación racial. Escribió la carta a otros pastores explicándoles por qué él había escogido el camino que escogió, explicándoles la diferencia entre las leyes justas y las leyes injustas. “Una ley justa es un mandato formulado por el hombre que cuadra con la ley moral o la ley de Dios. Una ley injusta es una norma en conflicto con la ley moral. Para decirlo con palabras de Santo Tomás de Aquino: Una ley injusta es una ley humana que no tiene su origen en la ley eterna y en el derecho natural. Toda norma que enaltece la personalidad humana es justa; toda norma que degrada la personalidad humana es injusta”.

¿Puede haber alguna duda de que apedrear a muerte a una persona – sin tomar en consideración lo que la cultura pueda decir – es claramente y escandalosamente malvado? Los católicos deberán recordar siempre que, aunque somos llamados a ser ciudadanos fieles y obedientes (Romanos 13, 1-7, Tito 3, 1, 1 Pedro 2, 13-14), siempre debemos poner primero la fidelidad a Cristo y cuando haya algún conflicto “hay que obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5, 29).

La verdad y la multitud

Continuando nuestro camino, consideremos dos casos más que presentan una moralidad de grupo que está en conflicto con el camino de Cristo.

Piense en una clase de matemáticas de una escuela intermedia (¡probablemente la misma donde los estudiantes no saben cuánto es siete por ocho!) donde copiarse es la norma. Podemos escuchar la explicación: “ ¡Todo el mundo lo hace!” Pero, ¿qué pasa si esto fuera cierto? Si cierta práctica es aceptable o popular en nuestro círculo de amigos, ¿es eso suficiente para aceptar la práctica como moral? La sugerencia nos lleva al relativismo ético, la idea de que el bien y el mal varían de acuerdo con los diferentes marcos sociales. Si el grupo suyo actúa o piensa de cierta forma, ¿está bien si usted sigue la cor-

riente? En nombre de la diversión, frivolidad, amistad, compañerismo y fraternidad se han cometido crímenes monstruosos. El engaño – sea a un esposo o esposa, en los informes de ingresos, o en transacciones comerciales – es malo. Siempre malo. Las personas aprenden a engañar (2 Pedro 2, 1-2) – quizás en las clases de matemáticas – pero ellos pueden, en vez, con formación moral y la ayuda de Dios, aprender a ser honestos y verticales.⁶ Cuando la pandilla o el grupo (o hasta la clase de matemáticas) nos abruma la conciencia, o cuando al individuo no se le deja espacio para la convicción espiritual, la verdad – y las personas – como consecuencia, sin duda sufrirán.

El engaño en una clase de matemáticas será materia insignificante, pero Jesús señala que “el que es injusto en lo mínimo, también lo es en lo mucho” (Lucas 16, 10-12). Consideremos algo más serio.

Suponga que la próxima semana le van a hacer una apendectomía. El cirujano que te removerá el apéndice es un alcohólico a quien le dan “temblores”. Este cirujano últimamente ha chapuceado malamente algunas cirugías rutinarias, poniendo en riesgo las vidas de varios pacientes. Una de las enfermeras de la sala de operaciones, conociendo el problema de abuso de alcohol y del peligro que representa para los pacientes, hasta ha dicho que ella reportaría al cirujano si él no deja de operar y buscar ayuda. Pero los colegas de la enfermera le han dicho que tal denuncia estaría mal; que eso sería convertirse en “soplona” de un compañero de profesión y podría arruinar la carrera de ella. Además, los sobrevivientes siempre pueden demandar al médico y al hospital: nadie le echará la culpa a la enfermera si el médico comete un error fatal. Está bien que la enfermera guarde silencio – o así sugeriría la “sabiduría” popular. Seguramente estará bien que ella “mire para el otro lado”; después de todo, los otros médicos y enfermeras le han dicho eso. ¡Que tenga buena suerte, paciente!

¿Qué puede decirse en un caso como éste? Hace más o menos cuarenta años, el escritor inglés Harry Blamires escribió: “La lealtad en sí misma no es base moral para la

acción. Lealtad a un hombre bueno, a un buen gobierno, a una buena causa, es diferente. Pero en estos casos, ...uno está del lado del bien".⁷ La lealtad a los amigos o a los compañeros de profesión no se deberá comprar al precio de nuestro compromiso con la verdad. En efecto, este puede ser el sentido de una amonestación inquietante por parte de Nuestro Señor a un posible seguidor que sólo pide tiempo para enterrar a su padre antes de ser su discípulo. "Sígueme", dice Jesús, "y deja que los muertos entierren a sus muertos" (Mateo 8, 21-22). El significado no es que nuestros parientes se deban dejar sin enterrar, sino que nuestro compromiso con Cristo deberá ser siempre primero y antes que nada (cf. Mateo 19, 16-30). La amistad, el compañerismo y la fraternidad – todos éstos son importantes – y buenos en su lugar. Pero si el costo de la amistad es honor y honestidad, el precio es demasiado alto. Y si el costo que exige la lealtad a las personas es nuestro compromiso con Cristo y su Iglesia, eso está mal (cf. 1 Juan 2, 15). Para hacer un dios –es decir, aceptar como supremo los deseos o mandatos – de nuestra patria (como en Juan 19, 15) o de nuestra cultura o costumbres, o de nuestros jefes o nuestro trabajo o nuestros amigos, o de nuestras propiedades y posesiones, es cometer el pecado de idolatría, que está en la esencia de toda moralidad falsa. El Primer Mandamiento (Éxodo 20, 3; cf. Hebreos 12, 29) es absoluto –no adoraremos a nadie ni nada excepto a Dios. Ahí está la esencia de la verdadera moralidad.

Nuestra fe católica nos dice que, aunque la creencia y la fe son vitalmente importantes (Romanos 10, 9-10, Gálatas 2, 16, Juan 14, 6, Hechos 16, 31), ser fieles a la fe haciendo buenas obras también es importante (Romanos 2, 6; Gálatas 6, 7-10; Efesios 2, 8-10; Santiago 2, 18, 24; Juan 14, 12). Pero la clave es hacer buenas obras. ¿Qué se supone que hagamos cuando nuestra ciudad o nación, nuestro jefe, nuestros amigos, o hasta nuestro esposo(a) nos dicen que hagamos algo que nosotros reconocemos – quizás con pesar – como algo malo?

Usando los nombres correctos

Aunque este primer paso pueda parecer raro, nuestra responsabilidad inmediata es, en cierto sentido, *llamar las cosas por su nombre*. Por ejemplo, hacer cosas malas es pecado; hacer cosas gravemente malas a sabiendas y deliberadamente es pecado mortal, el que nos pone en peligro de condenación eterna en el infierno (1 Juan 5, 16-17). Visto de esta manera, la “mala acción” que yo pueda realizar para complacer a mi cultura o a mis amigos, resalta tal y como es.

He aquí un ejemplo práctico: abortar a un niño no nacido es matar al inocente (Exodo 20, 13, Jeremías 1, 5). Como dice el Santo Padre: “La aceptación del aborto en la mentalidad, en las costumbres y en la misma ley es señal evidente de una peligrosísima crisis del sentido moral, que es cada vez más incapaz de distinguir entre el bien y el mal, incluso cuando está en juego el derecho fundamental a la vida”.⁸ Sin embargo, muchos en la prensa popular defienden el asesinato de los niños por nacer como la posición “pro elección”; quienes se oponen al aborto son tildados de “antielección”. La posición “antielección” es la “posición provida”, convirtiendo a los que apoyan el aborto en “antivida”, pero ése no es un término que escuchamos o leemos. Del mismo modo, ¡las personas que roban hablan de “rasgar”; las personas que engañan “pasan por encima”; las personas que mienten se describen a sí mismas como “creativas”! El segundo mandamiento – “No jurarás en falso el nombre de Yahveh, tu Dios” – nos recuerda mucho más que no “jurar.” Nos recuerda que lo que es santo sólo se debe mencionar en lenguaje santo. Por añadidura, lo malo no debe ser excusado con eufemismos o con lenguaje simple o tonto (cf. Efesios 4, 28; 5, 4). Tenemos que llamar las cosas por su nombre si vamos a entenderlas con claridad.

El filósofo Tom Morris escribió recientemente que muchas palabras usadas para nombrar lo que él llamó bienes antiguos han sido tergiversadas y degradadas para nombrar imitaciones modernas. De ese modo se confunde la sabiduría con la maña, la dignidad con el glamour, la verdad con la ven-

taja momentánea, la belleza con la excitación agradable, la bondad con ser buena gente, el carácter con la personalidad, la reputación con la fama y el respeto con el miedo.⁹ ¿Les sorprende, entonces, que a las que favorecen el aborto no se les conoce ni como entusiastas “antivida” ni como entusiastas “proaborto”, sino como progresistas proelección? Sin embargo, quienes se oponen a violentar la definición de matrimonio para incluir parejas del mismo sexo (y de la misma forma, ¿por qué no grupos de tres, cuatro o de hasta más?) son llamados con el nombre desatinado de “homofóbicos” y no son simplemente llamados “promatrimonio” o “pronatura.” Las etiquetas de propaganda son engañosas y éstas descarrían nuestro pensamiento al ocultar la verdadera naturaleza de lo que se nombra.

El significado y naturaleza de la conciencia

Esto nos lleva a la palabra conciencia, una palabra muy mal usada y muy mal entendida en estos días. Al ir a la raíz de la palabra, conciencia significa “con conocimiento” (*conscientia*). La conciencia no es un mero sentimiento, y mucho menos una preferencia privada: la conciencia es un poder para distinguir el bien del mal en nuestras propias circunstancias particulares.

El Arzobispo Sheen escribió en una ocasión: “La conciencia no puede llegarnos de los dictámenes de la sociedad; de otro modo, ésta nunca nos reprobaría cuando la sociedad nos aprueba, ni nos consolaría cuando la sociedad nos condena”.¹⁰ El Catecismo de la Iglesia Católica nos dice: “El hombre prudente, cuando escucha la conciencia moral, puede oír a Dios que le habla”.¹¹

Pero, ¿y qué del hombre imprudente, o el hombre que decida que no necesita formar su conciencia estudiando la verdad de Dios y usando su inteligencia? Después de todo, existe la popular (¡y falsa!) escuela de “ética de situación”. En vez de preguntar, como lo deben hacer los católicos, cuál es la voluntad de Dios en este caso, el ético de situación sólo pregunta:

“¿Qué me dicen las circunstancias de aquí y ahora mismo que yo deba hacer?” La dependencia de Dios del católico se convierte en un encogimiento de hombros sin esperanza: “Todo depende”. ¿Depende de qué? Todo depende del ambiente o del estado de situación actual, o de qué éstos me ofrecen, o de mis necesidades y apetitos (ver 2 Co 10, 12). Los que defienden el estado de situación, en su “sabiduría” (cf. 1Co 1,25; 3,19) no quieren comprometerse con nada absoluto, puesto que las circunstancias pueden cambiar. La atracción de una persona hacia su esposo(a) puede disminuir, así es que ¿para qué estar “atado” en un matrimonio? ¿Por qué cualquier compromiso o cualquier voto deberá ser visto como permanente? La devoción no sólo es “anticuada,” argumentan los éticos de situación, sino sumamente inconveniente.

A los que promulgan la situación les preocupa la auto-complacencia, la “autoestima” y los placeres personales (cf. Is. 5, 20). Una canción de mucho sentimiento (1969), que Roy Clark hizo famosa, dice así: “Ayer cuando yo era joven, el sabor de la vida era dulce como la lluvia en mi lengua. ...Tantas canciones alegres esperando ser cantadas, tantos placeres locos aguardándome, y tanto dolor que mis ojos ofuscados rehusaban ver. Corrí tan rápido que el tiempo y la juventud finalmente terminaron. Nunca dejé de pensar de qué se trata la vida. Y cada conversación que puedo recordar tenía que ver conmigo mismo y con absolutamente nada más”. Frank Sinatra hizo popular una canción que exaltaba la propia piel de uno como la norma más alta de recurso moral: “ ¡Lo hice a mi manera!! En contraste, los católicos son llamados a hacerlo – o sea, a vivir la vida – a *la manera de Dios*. Esta manera no es sólo un lote de reglas. Esa es la manera en la que verdaderamente podemos ser profundamente felices. Es la manera de florecer de acuerdo con nuestra propia naturaleza y con el designio de Dios. El Camino de Dios es el camino a la vida.

Haciendo la voluntad de Dios

No existen circunstancias en las cuales estemos exentos

de nuestra obligación de hacer todo lo que podamos para conocer y cumplir la voluntad de Dios. Tampoco queremos que las haya, porque sabemos que sólo en Dios “vivimos, nos movemos y existimos” (cf. Hechos 17, 28, Romanos 9, 16). Cuando desarrollamos nuestra conciencia – nuestra inteligencia moral – bien y sabiamente, absorbiendo y aplicando las verdades de la Fe, que es la verdad de Cristo y la que nos hará verdaderamente libres (cf. Juan 8, 32).

La genuina libertad no es la habilidad de hacer lo que nos plazca; es, más bien, la libertad de ser lo que realmente somos, lo que significa cumplir con el plan y la intención que Dios tiene para nosotros (cf. Romanos 12, 2). Hay un himno católico precioso – La fe de nuestros padres – que nos dice “Nuestros padres, encadenados en oscuras prisiones, aun así eran libres de corazón y conciencia. Y bendito sería nuestro destino si, como ellos, muriéramos por Ti”. Aquí podemos observar que las sensibilidades descansan en total oposición a la ética de situación y a la autocomplacencia; nuestra vida de fe es, en su misma esencia, un compromiso con la verdad. Dios y la razón nos lo aseguran, como criaturas y como pueblo de la Alianza (cf. Mateo 26, 26-29, Marcos 14, 22-25; Lucas 22, 14-20; 1Corintios 11, 23-26), nuestra libertad genuina surge del conocimiento de la voluntad de Dios y cumpliéndola. Esto es por lo que Cristo, quien manifiesta y cumple la voluntad de Dios Padre a la perfección, nos dice continuamente: “Sígueme” (ver Mateo 4, 19; 8, 22; 16, 24; 19, 21; Marcos 2, 14; 8, 34; 10, 21; Lucas 5, 27; 9, 59; 18, 22; Juan 12, 26; 21, 19).

De aquí que San Agustín (354-431) bellamente escribió: Dios eterno, que eres la luz de las mentes que te conocen, la alegría de los corazones que te aman, y la fortaleza de las voluntades que te sirven: concédenos que te conozcamos para que podamos amarte de veras, y así que te amemos para que podamos servirte plenamente, para Aquél que servir es la perfecta libertad, por Jesucristo, nuestro Señor.

Las virtudes: la bondad dentro de nosotros

A Dios no le interesa que meramente obedezcamos sus mandatos. Él está interesado en mucho más que nuestro éxito en guardar los mandamientos y resistir el deseo de violar las leyes cimentadas en nuestra naturaleza humana. Dios quiere vernos convertidos en hombres y mujeres fuertes y florecientes, de acuerdo con Su designio y a los dones de la gracia. Por su propio poder, Dios quiere no sólo lograr que hagamos lo que es correcto y evitemos lo que es incorrecto, sino que nos convirtamos en la clase de personas que son buenas – que hagan lo correcto con facilidad, prontitud y alegría. Él quiere que reconozcamos lo buena que es la bondad, y que seamos la clase de criaturas que se regocijan y exaltan en la bondad. Porque la bondad, finalmente, no es otra que el Mismo Dios.

Visitando casi cualquier librería en nuestros días, podemos encontrar toda clase de libros sobre la virtud. Al menos de nombre, la virtud está de moda. Recorriendo los estantes de libros desde “Religión” hasta “Negocios” hasta “Autoayuda,” uno puede encontrar un sinnúmero de libros que hablarán sobre las virtudes que uno necesita para ser un mejor hombre de negocios o inversionista o entrenador o viajero o amante. Propiamente comprendido, sin embargo, la virtud no trata de vender más productos o ganar más juegos. Más bien, las virtudes “son actitudes firmes, disposiciones estables, perfecciones habituales del entendimiento y de la voluntad que regulan nuestros actos, ordenan nuestras pasiones y guían nuestra conducta según la razón y la fe. Proporcionan facilidad, dominio y gozo para llevar una vida moralmente buena. El hombre virtuoso es el que practica libremente el bien”.¹²

Además de las tres “virtudes teologales” de fe, esperanza y caridad (cf. 1 Corintios 13, 13), las virtudes dadas directamente por Dios para que podamos conocerle y amarle de una manera sobrenatural (más allá de nuestro poder natural), los católicos – y la tradición occidental en general – también hablan de cuatro virtudes morales o “cardinales”: Prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Estas son llamadas virtudes

cardinales porque toda la vida moral depende de ellas: “cardinales” aquí es sólo un adjetivo de la palabra en latín para gozne. Estas cuatro virtudes cardinales – prudencia, justicia, fortaleza y templanza – fueron estudiadas por filósofos paganos de la antigüedad como Aristóteles y son mencionadas en la Biblia como surgiendo de la intimidad con la Sabiduría Divina (ver Sabiduría 8, 7). El teólogo medieval Santo Tomás de Aquino (1225-1274) nos dejó en sus escritos un estudio sin paralelo de las virtudes, y unió varias ramas de la tradición para demostrar cómo están relacionadas las virtudes y cómo cumplen con la recta razón y la ley de nuestra naturaleza humana (la ley natural).

En la Sagrada Escritura Dios nos dice que pongamos “el mayor empeño en añadir a vuestra fe la virtud, a la virtud el conocimiento, al conocimiento la templanza, a la templanza la tenacidad, a la tenacidad la piedad, a la piedad el amor fraterno, al amor fraterno la caridad. Pues si tenéis estas cosas y las tenéis en abundancia, no os dejarán inactivos ni estériles para el conocimiento perfecto de nuestro Señor Jesucristo”. La Biblia continúa para asegurarnos que sin las virtudes tenemos un problema serio: “quien no las tenga es ciego y corto de vista” (2 Pedro 1, 5-9).

Prudencia: la virtud de la sabiduría

“Por encima de todo cuidado, guarda tu corazón, porque de él brotan las fuentes de la vida. Aparta de ti la falsía de la boca y el enredo de los labios arrójalo de ti” (Proverbios 4, 23-24).

“Comienzo de la sabiduría”, nos dice la Biblia, “es el temor de Yahveh” (Proverbios 9, 10; cf. Sirácida 1, 14). Pero hay más: “Confía en Yahveh de todo corazón y no te apoyes en tu propia inteligencia; reconócele en todos tus caminos y él enderezará tus sendas” (Proverbios 3, 5-6). Sabiduría es el conocimiento de que, finalmente, existe un fin. Cuando entendemos que Dios existe (cf. Salmo 53, 2) y que Él nos dio a su Hijo (Juan 3, 16) y que el Hijo, sacrificado, es el mediador entre

Dios y el hombre (1 Timoteo 2, 5), hemos aprendido una verdad fundamental de nuestra fe católica. Hemos sido bien comprados (1 Corintios 7, 23), el precio de la pasión y muerte de Cristo. En efecto, nosotros no nos pertenecemos, pertenecemos a Cristo (1 Corintios 6, 19-20). En ese conocimiento está la sabiduría profunda de la Iglesia.

Una vez sabemos que todo lo que somos y que todo lo que tenemos viene de Dios, entonces podremos ser capaces de aplicar este conocimiento a los asuntos de la vida cotidiana. "La prudencia es la virtud cardinal que dispone la razón práctica a discernir en toda circunstancia nuestro verdadero bien y a elegir los medios rectos para realizarlo".¹³ La prudencia es la virtud por medio de la cual vemos el bien y la manera correcta de ir hacia él.

La prudencia, a la cual podríamos llamar sabiduría, no es un acercamiento de tacañería, cobarde, mañoso o artificioso hacia los problemas de la vida. La Prudencia auténtica más bien consiste en ver los asuntos temporales o temporeros en la perspectiva de lo infinito o de lo eterno. Para el católico, prudencia significa ver las cosas cotidianas y las obras cotidianas de la manera que Dios las ve – a la luz de la eternidad. "En todas tus acciones," dice la Escritura, "ten presente tu fin, y jamás cometerás pecado" (Sirácida 7, 36; cf. 28, 6). Una de las razones por las que la Iglesia nos da sacramentales tales como medallas y crucifijos bendecidos es porque tales recordatorios materiales, al tenerlos presente, nos ayudan a recordar a Cristo. De esta forma podemos, de manera práctica y real, estar "enraizados y edificados en Él", de modo que no nos decepcionemos imprudentemente "mediante la vana falacia de una filosofía, fundada en tradiciones humanas, según los elementos del mundo y no según Cristo" (Colosenses 2, 7-8; cf. Efesios 4, 14).

Con demasiada frecuencia se nos persuade a que las respuestas del mundo son sabias cuando, en efecto, lo que el mundo nos aconseja es con frecuencia sólo un clamor a nuestro orgullo o a nuestra codicia. "Porque la necesidad divina es

más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres" (1 Corintios 1, 25).

Justicia: la virtud de la verdad

"No hagas a nadie lo que no quieras que te hagan" (Tobías 4, 15; cf. Mateo 7, 12).

Vivimos en una época que nos dice que la eutanasia es misericordia, que el suicidio es medicina creativa, y que el aborto es libertad de elección; los tres, por supuesto, son asesinatos.

Vivimos en una época que nos dice que el matrimonio como institución es anticuado, que el divorcio no sólo es frecuente sino con frecuencia deseable; que la oposición a los matrimonios del mismo sexo es fanática e intolerante. El adulterio y la sodomía, sin embargo, todavía son pecados. "Todo el que se excede y no permanece en la doctrina de Cristo, no posee a Dios. El que permanece en la doctrina, ése posee al Padre y al Hijo" (2 Juan 9).

En la esencia de todo pecado está el orgullo, el orgullo que se convierte en el árbitro del bien y el mal. Según escribió el Santo Padre en su poderosa encíclica *El Esplendor de la Verdad*, el hombre "inicia su historia de pecado cuando deja de reconocer al Señor como a su Creador, y quiere ser él mismo quien decide, con total independencia, sobre lo que es bueno y lo que es malo".¹⁴ Cuando nos jactamos con orgullo, dejamos fuera a Dios. "¿No sabéis que la amistad con el mundo es enemistad con Dios? Cualquiera, pues, que desee ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios" (Santiago 4, 4). Sin duda, San Pablo reconoció esto al escribir que "la ciencia hincha, el amor en cambio edifica" (1 Co 8, 1). Trágicamente, el distintivo del hombre moderno es su convicción, no tanto de que Dios no existe (porque el hombre moderno raramente sondea esa cuestión), sino que Dios, exista o no, es irrelevante. Para la gente moderna, Dios no es una propuesta seria. Dios no nos ha abandonado, pero nosotros hemos abandonado a Dios.

Nosotros no podemos ser justos u honrados en nuestros negocios, en nuestra política o en nuestra vida personal a menos que seamos hijos de la luz (Juan 12, 36, 1 Juan 1, 5-6) – o sea, a menos que conozcamos y “hagamos” la verdad. Lo que suena a filosofía retorcida es realmente muy sencillo: Hacemos lo que somos, y somos lo que hacemos. Quienquiera que mienta rutinariamente se convierte en mentiroso; quien roba o estafa rutinariamente se convierte en ladrón o estafador. Lo que sirve de fundamento para mentir, estafar y robar es la noción pecaminosa de que la persona injusta tiene el “derecho” a actuar injustamente, que de alguna forma las reglas y normas no le aplican, de que él puede estar exento de la ley. Lo mismo aplica a los políticos que honran, no la ley eterna y natural (Salmo 146, 3-4, Sirácida 10, 3), sino los caprichos y deseos de las personas cuyo dios lo son sus apetitos y necesidades. Sabemos, según nos dijo el presidente Abraham Lincoln en uno de sus pasajes bíblicos favoritos, que todo reino dividido contra sí mismo queda asolado, y casa contra casa cae (Lucas 11, 17). Tampoco puede permanecer asolada una sociedad con una profunda negación moral. Cuando una sociedad se convierte en una estructura de pecado, el resultado será el colapso moral y la desintegración.¹⁵ Sabemos quién es la verdad (Juan 14, 6), y sabemos que la verdad nos hará libres (Juan 8, 32), siempre que aceptemos la verdad y la hagamos el centro de nuestra vida. La justicia es la virtud que permite que Dios sea Dios, y trata a todas las cosas en la manera correcta y consistente con la verdad. La justicia es la virtud moral “que consiste en la constante y firme voluntad de dar a Dios y al prójimo lo que les es debido”.¹⁶

En esta época es muy raro que escuchemos de alguien que repudie abiertamente a Dios. Invocamos Su Nombre en consejos políticos, en convenciones de negocios, antes de las comidas. Y luego ignoramos Sus mandamientos, Su justicia, Su verdad – porque éstos no son políticamente populares, comercialmente lucrativos y personalmente vergonzosos para nosotros (cf. Marcos 8, 38). Pero entonces leemos en la

Escritura: “Ahora bien, puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca” (Revelación 3, 16), y recordamos, con al menos inquietud temporal, que de Dios nadie se burla (Gálatas 6, 7) y que el decir que amamos a Dios debe ir de la mano con hacer la voluntad de Dios: “Quien dice ‘Yo le conozco’ y no guarda sus mandamientos es un mentiroso y la verdad no está en él” (1 Juan 2, 4).

Fortaleza: la virtud del valor

“Muero como el buen siervo del rey, pero el primero de Dios”. (Últimas palabras atribuidas a Santo Tomás Moro, quien fue decapitado por rehusar aceptar al Rey Enrique VIII de Inglaterra como cabeza de la Iglesia).

Con tanta frecuencia hoy cuando pensamos en valor nos limitamos a imágenes de Hollywood. El heroísmo genuino – arriesgándose y soportando privaciones y hasta la muerte por consideración al bien – parece cada vez más desconocido. [Los ataques a los Estados Unidos de 2001, en medio de la tragedia, nos han dado nuevos ejemplos de heroísmo de los cuales podemos tener la esperanza y rezamos por que volvamos a aprender la nobleza de esta virtud].

Más allá de los ejemplos humanos, encontramos – si lo recordamos – el ejemplo supremo del valor de Cristo. Aunque su muerte fue horripilante, a través de la historia muchos han sufrido muertes igualmente terribles. Sabemos que “nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” (Juan 15, 13). Pero sólo una persona en la historia dio su vida para que todos fueran liberados de la carga del pecado. La pasión de Cristo – la agonía en el huerto, los azotes en la columna, la coronación de espinas y las burlas que sufrió, el camino cargando la cruz y la crucifixión misma – fue hecho por amor eterno hasta por los que lo torturaron y lo mataron. El amor eterno de Cristo se manifestó en su valor de vivir, morir y resucitar de entre los muertos para que nosotros, todos nosotros, podamos tener vida eterna con Él. De igual forma, su Madre Santísima demostró valor más allá de lo que podemos comprender mien-

tras observaba a su divino Hijo sufrir y morir por las personas que lo ridiculizaban y lo torturaban. Aquí María, según lo expresa el Papa Juan Pablo II, “es signo luminoso y ejemplo preclaro de vida moral”.¹⁷ ¿Cuántas veces hemos tenido la oportunidad de hablar por Él, pero no lo hemos hecho por vergüenza o falta de valor moral? ¿Cuántas veces hemos tenido la oportunidad de servirle a Él y a sus pequeños pero hemos rehusado (cf. Mateo 25, 40, 45) porque era inconveniente?

Algunos de nuestros hermanos y hermanas cristianos están sufriendo y muriendo físicamente por Nuestro Señor mientras yo escribo y usted lee estas palabras. Esa no será la suerte de la mayoría de nosotros, quienes moriremos en nuestras camas, atendidos por un personal médico y quizás en compañía de miembros de nuestra familia. Mientras vivimos, tenemos comodidades más allá de la imaginación de millones de personas alrededor del mundo. Aun así, con mucha frecuencia nos falta el valor para llevar la verdad en Su nombre a quienes la necesitan (una de las Obras Espirituales de Misericordia es “corregir al que yerra”; cf. Sirácida 12, 3-4) o cumplir las bienaventuranzas (Mateo 5, 1-12). La fortaleza “asegura en las dificultades la firmeza y la constancia en la búsqueda del bien. Reafirma la resolución de resistir a las tentaciones y de superar los obstáculos en la vida moral. ...Capacita para ir hasta la renuncia y el sacrificio de la propia vida por defender una causa justa”.¹⁸ Pero es muy raro que seamos llamados a morir con y por Nuestro Señor. Sin embargo, a diario somos llamados a vivir con y por Él. ¿Podemos armarnos el valor para hacer eso?

Templanza: la virtud de la libertad

“Llévame por la senda de tus mandamientos porque mi complacencia tengo en ella. Inclina mi corazón hacia tus dictámenes, y no a ganancia injusta. Aparta mis ojos de mirar vanidades, por tu palabra vivifícame”. (Salmo 119, 35-37)

Una vez mi padre me dijo que los pecados de muchas personas son obvios a los demás (como sucede con los glotones, que engordan), sin embargo, los pecados de muchos de

nosotros no son aparentes al momento. El punto que traía a colación era que no debemos precipitarnos a juzgar a los otros que sufren problemas físicos que atribuimos, quizás por equivocación, a su falta de moderación con la bebida, comida y así por el estilo.

Sabemos que Dios ha creado sólo cosas buenas; es el abuso que hacemos de ellas lo que es asunto del mal. La comida, la bebida, las medicinas, el sexo, el sueño y las posesiones son todas buenas en sí mismas, y podemos usarlas todas de una manera santa que agrade a Dios y sea para nuestro propio bien. Desafortunadamente, debido a la debilidad, confusión, malos hábitos y nuestra propia arrogancia, con frecuencia buscamos y usamos las cosas materiales (uno piensa en el dinero) de maneras que nos hacen daño en vez de ayudarnos.

Las Escrituras nos dicen que quienes con arrogancia hacen mal uso de las cosas buenas de este mundo cometen un acto de idolatría: "...su final es la perdición, su dios es el vientre, y su gloria está en su vergüenza, que no piensan más que en las cosas de la tierra. Pero nosotros somos ciudadanos del cielo" (Filipenses 3, 19-20). Esto es cierto hasta de cosas buenas como el sueño y el descanso que necesitamos – ¡y para lo que se nos dio el sábado! Duerme y descansa muy poco y puedes convertirte en un "maniático del trabajo"; duerme y descansa demasiado y estás cayendo en el vicio de la pereza o vagancia. El ejercicio es deseable, lo sabemos. Si te ejercitas muy poco lo más probable es que te pongas gordo y flojo; si te ejercitas demasiado lo más probable es que te encuentres vagando en la vanidad y el orgullo. (Algunos de los que hacen ejercicios por horas todos los días podrían usar mejor algún tiempo de ese ejercicio físico "ejercitando" sus almas – rezando el Rosario, leyendo la Biblia, o practicando alguna otra devoción). La televisión y otros entretenimientos electrónicos pueden ser buenos, si se hace uso de ellos de manera restringida y realmente fructífera; pero las visitas a una biblioteca para aprender la verdad sobre las cosas – y especialmente la verdad sobre Dios – es mucho más encomiable.

Existe una forma de templanza rara vez mencionada en comentarios sobre esa virtud. Todos necesitamos templanza de la boca. "Mira, cerca tu hacienda con espinos, encierra bien tu plata y tu oro. A tus palabras pon balanza y peso, a tu boca pon puerta y cerrojo" (Sirácida 28, 24-25; 5, 15; 6, 5). "Una respuesta suave", nos dice Proverbios, "calma el furor, una palabra hiriente aumenta la ira" (15, 1, cf. 17, 14). Se nos recuerda el poderoso comentario del Nuevo Testamento de que "ningún hombre ha podido domar la lengua; es un mal turbulento; está llena de veneno mortífero. Con ella bendecimos al Señor y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, hechos a imagen de Dios" (Santiago 3, 8-9). Una visita al cine hoy, es usualmente un doloroso recordatorio del mandato bíblico de que "No salga de vuestra boca palabra dañosa, sino la que sea conveniente para edificar según la necesidad y hacer el bien a los que os escuchen" (Efesios 4, 29; cf. Colosenses 3, 8). La tendencia y tentación de usar el poder de expresión para "desquitarse" es mala, por supuesto, si usamos falso testimonio (Éxodo 20, 16) y también si usamos lenguaje obsceno.

La templanza "modera la atracción de los placeres y procura el equilibrio en el uso de los bienes creados. Asegura el dominio de la voluntad sobre los instintos y mantiene los deseos en los límites de la honestidad".¹⁹ Esta virtud, que en la práctica requiere humildad, es descrita en la Biblia cuando leemos que quienes pertenecen a Cristo "han crucificado su carne con sus pasiones y deseos." Y – en oposición a los muchos males de la carne – el cristiano tendrá los frutos del espíritu: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí" (Gálatas 5, 18-24).

Viviendo la buena vida: cómo crecer en virtud

Sabemos que todos somos pecadores (Romanos 3, 23) y que, por lo tanto, de algún modo somos imperfectos al vivir la vida de las virtudes. Pero sabemos que somos llamados a desarrollar estas virtudes a plenitud, como Nuestros Señor nos lo ha dicho (Mateo 5, 48). Los filósofos de la antigüedad nos

dijeron que si queríamos ser valientes, debíamos hacer actos de valor; que si queríamos ser justos, debíamos hacer actos de justicia. Nos convertimos en lo que acostumbramos hacer. Los Apóstoles y sus sucesores, dándonos el Evangelio de Jesucristo, añaden que, para sobreponernos al pecado y ser como Jesucristo, necesitamos su gracia purificadora y transformadora. Más aun, necesitamos cierto aprendizaje y estudio para iluminar nuestras mentes – es más fácil amar y hacer el bien cuando se tiene conocimiento más claro de lo que significan esas palabras.

Sabemos que Nuestro Señor estará con nosotros hasta el final de los tiempos (Mateo 28, 20), que cuando pidamos lo debido, lo recibiremos (Mateo 7, 7, Lucas 11, 9, Santiago 1, 6-8; 4, 3), de modo que sabemos que no estamos solos y que la gracia es nuestra si rezamos como es debido. La Iglesia de Cristo nos dice que para desarrollar las virtudes cardinales hay una serie de cosas que debemos hacer:

Asistir regularmente a Misa

Recibir la Sagrada Comunión y confesar nuestros pecados con frecuencia

Desarrollar una devoción personal diaria (Rosario, lectura de la Biblia, meditaciones diarias, etc.)

Leer buenos libros espirituales católicos

Practicar buenos servicios y obras de caridad

Tomar las decisiones personales y profesionales a la luz de la eternidad

“Quien dice que permanece en Él [Cristo] debe vivir como vivió Él”, leemos en 1 Juan 2, 6. Cristo no sólo es un modelo para sacerdotes y religiosos; Él no sólo es un modelo para nuestro prójimo o para las otras personas en el banco de la Iglesia; Él es un modelo para usted (y para mí).

El mundo, la carne y el demonio – esos son nuestros adversarios. Sin tregua nos lo demuestran mediante malas enseñanzas, (cf. 2 Timoteo 4, 3-4), mediante películas depravadas, mediante la política corrupta, y mediante malas prácticas, que si Dios existe, Él no importa; que la Iglesia es si

acaso un club humano y que todas las iglesias son iguales; que las enseñanzas de la Iglesia son anticuadas, prejuiciadas o irrelevantes; que podemos ser nuestro propio dios y hacer lo que queramos cuando queramos; que no hay mandamientos o bienaventuranzas excepto los que inventemos para nosotros mismos; que el único amor que importa se encuentra en el reflejo que vemos en el espejo cada mañana; que las virtudes cardinales son tontas, superficiales, sin sentido.

Pero sabemos que esas son mentiras, porque tenemos la Verdad de Cristo, las enseñanzas de su Iglesia y los sacramentos para ayudarnos a crecer en sabiduría y gracia ante Dios y los hombres (cf. Lc 2, 52). También tenemos la ayuda de los que se han ido antes que nosotros, que interceden por nosotros y a quienes les rezamos en la Comunión de los Santos. Y pensamos en San Francisco de Asís (1181-1226) cuya tierna oración de petición capta perfectamente la buena vida a la que Dios nos llama:

Señor, hazme un instrumento de tu paz.
Donde haya odio, siembre yo amor;
donde haya injuria, perdón;
donde haya duda, fe;
donde haya tristeza, alegría;
donde haya desaliento, esperanza;
donde haya oscuridad, tu luz.
¡Oh, Divino Maestro!,
que no busque ser consolado, sino consolar;
que no busque ser querido, sino amar;
que no busque ser comprendido, sino comprender;
porque dando es como recibimos;
perdonando es como Tú nos perdonas;
y muriendo en Ti, es como nacemos a la vida eterna.

La vida de bondad y virtud es, a final de cuentas, la vida de transformación en Cristo. En la sencillez del Evangelio, según lo explica el Papa Juan Pablo II, la moralidad cristiana consiste "en el seguimiento de Jesucristo, en el abandonarse a él, en el dejarse transformar por su gracia y ser renovados por su miseri-

cordia, que se alcanzan en la vida de comunión de su Iglesia".²⁰

Lecturas Sugeridas

De Marco, Donald. *The Heart of Virtue: Lessons from Life and Literature Illustrating the Beauty and Value of Moral Character*. San Francisco: Ignatius, 1996.

Guardini, Romano. *Learning the Virtues that Lead You to God*. Manchester, NH: Sophia, Institute Press, 1999.

Kreeft, Peter. *Back to Virtue: Traditional Moral Wisdom for Modern Moral Confusion*. San Francisco: Ignatius, 1997.

Lewis, C.S. *The Abolition of Man*. San Francisco: Harper, 2001.

Pinckaers, Servais. *The Pursuit of Happiness – God’s Way: Living the Beatitudes*. Staten Island, NY: Alba House, 1998.

Notas

1. Basado en S. Jackson, “The Lottery” (en *The Lottery; or, The Adventures of James Harris*, New York: Farrar, Straus, 1949).
2. Fulton J. Sheen, *Vida de Cristo* (New York: McGraw-Hill, 1958).
3. Juan Pablo II, Encíclica *Veritatis Splendor* (El Esplendor de la Verdad), n. 35. cf. n. 32.
4. *Enciclopedia Católica de Our Sunday Visitor*, p. 971.
5. *Veritatis Splendor* (The Splendor of Truth), n. 99.
6. Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, §1810.
7. Harry Blamires, *The Christian Mind*.
8. Juan Pablo II, Encíclica *Evangelium Vitae* (El Evangelio de la Vida), n. 58.
9. Tom Morris, *If Aristotle Ran General Motors: A New Path of Wisdom for the Life of Business and the Business of Life* (New York: Henry Holt, 1997), 207.
10. Fulton J. Sheen, *Levanten sus corazones* (New York: McGraw-Hill, 1950).
11. *Catecismo de la Iglesia Católica*, § 1777.
12. *Catecismo de la Iglesia Católica*, § 1804.

13. *Catecismo de la Iglesia Católica*, § 1806. (The Splendor of Truth), n. 102.
15. *Papa Juan Pablo II, Encíclica Evangelium Vitae* (El evangelio de la vida), n.59.
16. *Catecismo de la Iglesia Católica*, § 1807.
17. *Veritatis Splendor* (El esplendor de la verdad), n. 120
18. *Catecismo de la Iglesia Católica*, § 1808.
19. *Catecismo de la Iglesia Católica*, ¶ 1809.
20. *Veritatis Splendor* (El esplendor de la verdad), n. 119.